

libros que siguieron –*El barro en la mirada* (DVD, 1998), *El corazón de la nada* (Bartleby, 1999), *Unánime fuego* (Tema, ed. bilingüe, Lisboa, 1999) o *La montaña hendida* (Bassarai, 2002)– han subrayado una trayectoria apasionante que no ha renunciado a aquellas iniciales fijezas ni a un discurso donde la imagen mantiene el predominio pero en el que la persistencia del pensamiento redime a la poesía de Moga de cualquier tentativa de automatismo invertebrado.

Ahora sale a la luz *Las horas y los labios* (DVD, 2003) y el lector comprueba de nuevo cómo su escritura crece ratificada en cimientos anteriores hasta lograr un alcance que, a estas alturas, hace de Eduardo Moga una de las voces más dramáticamente lúcidas del panorama actual. Y es que en *Las horas y los labios* hay ya una sedimentación que parece depurar la torrencial respiración poética, fiel a un mismo tema capital y que ahora entra en un complejo diagrama espacio-temporal, un conflicto ontológico –¿o tal vez ontográfico?– que se aferra a la tajante bifurcación representada ya en el propio título del libro.

Horas y labios remiten a una fértil ambigüedad. El tiempo, la palabra, el cuerpo y el amor abren ámbitos que vuelven a crear interrelaciones encontradizas, a medida que el *tempo* del poema –la lectura de esa escritu-

ra– transcurre. Ya en *El corazón, la nada*, Eduardo Moga escribía: «Cuando soy otro, ¿quién queda tras la lengua?» Tras la terrible certeza de una rimbaudiana disgregación, en *Las horas y los labios* se asiste a un conflictivo desencuentro entre Tiempo, Identidad y Escritura: «Sólo en el lugar sin tiempo palpita el nombre», afirma. O bien: «¿Soy el que borra los versos o los versos que he borrado?» Esta posibilidad plantea ya el eje vertebral de todo el libro y, por extensión, de la concepción poética de Moga. El Lugar como ámbito exclusivo del nombre; el Tiempo como realidad que niega a aquél; el Nombre –«hollín del pensamiento»– como íntima deposición de la existencia verdadera.

Pero nada más tortuoso que tratar de poner puertas al caos consciente «Hasta la desesperación requiere un cierto orden», dice Blanca Varela). En este sentido, la estructura de *Las horas y los labios* es la del relato de una jornada, regularizado en XXX movimientos emanados desde una conciencia angustiada y lúcida a partes iguales. El viejo tópico horaciano se reacomoda cargándose de adherencias existenciales que lo ennegrecen. Un día es todos los días. La costumbre («la sustancia con que se oculta el cuerpo y en que se manifiesta el cuerpo») insiste sobre la experiencia hasta hacerla desaparecer. La materia es sólo triste dispersión centrífuga y frac-

sada («¿Por qué todo es su misma muerte, el canto insuficiente de sí mismo?») que hace pensar, más que en Platón, en una singular visión materialista, una percepción hiperconsciente que hace naufragar al «yo» a través de una mirada que disecciona el magma aparential de las realidades, como le ocurría al Roquentin de Sartre, que debía elegir entre vivir y contar.

Visto así, el libro es el relato de un exilio y de un naufragio. Sólo cuando se emprende el retorno a casa («útero sepia») se colapsan los relojes y vuelve una reconciliación con los labios y con el amor. Nombrar y amar son, pues, operaciones que sólo podrían llevarse a cabo fuera del tiempo («La carne, es verdad, no ha muerto, pero su caminar es lento. Nosotros lo obstruimos con nuestro conocimiento») y en el libro eso se alcanza al escapar del enajenamiento de la jornada. El lector no puede dejar de recordar uno de los libros capitales de la poesía española del siglo XX, *La casa encendida*, de Luis Rosales. Pero lo que allí lastimaba el discurso del lado de una conformidad confesa, acorde con las circunstancias, en Moga significa la posibilidad de un desarreglo de los sentidos (*La luz oída, sí*) que reinstaura momentáneamente la identidad del sujeto poético: «He vuelto a la casa y he visto su silencio y he oído su permanencia». Sólo que en ese ámbito de reclu-

sión todo persiste: el juego de intersecciones de lenguajes que se entrecruzan como bandazos en distintas frecuencias, la ósmosis entre el «yo» pa(de)ciente y lo exterior, que actúa sobre él («He abierto la puerta. O la puerta me ha abierto a mí») y, por encima de todo, la persistencia de una identidad consciente de su exclusión, que obliga al libro a no acabar linealmente sino trazando una parábola circular que identifica y sutura el último verso con el primero.

Las horas y los labios es lectura nada acomodaticia. La lucidez y el desamparo conviven estrechamente bajo la sombra nada gratuita de las citas iniciales (Pessoa, Wittgenstein, Joyce) que, a su manera, junto a otros nombres más arriba mencionados, trazan pistas que convergen en una radicalidad que sigue invistiendo a Eduardo Moga de un alto grado de presión expresiva y de veracidad, rasgos por los que ya se reconoce su escritura. Su personal fuselaje enunciativo y su imaginería rodante en torno a una severidad existencial golpea con mandobles implacables y simultáneos la conciencia indefensa del lector. O para decirlo con palabras de Olga Orozco, quien sobrevuela con tesón por la escritura de Moga: «Pero es mejor no estar. / Porque hay trampas aquí».

Tomás Sánchez Santiago

Stalin, Negrín y el estalinismo*

Tres libros de notable calado por todo lo que contribuyen –cada uno a su manera– a desentrañar la gran maraña de la Historia. El primero, *Stalin y los verdugos*, desvela la personalidad de un dictador diferente de otros dictadores, ya que fue despiadado con sus propios amigos, con sus esbirros, con los camaradas del partido y con sus compatriotas. El segundo, *Juan Negrín*, traza el recorrido vital del más polémico protagonista del primer gran experimento democrático en España, y recupera al hombre detrás de la leyenda negra. El tercero, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, lleva a cabo una revisión crítica de la intervención soviética en la contienda de España de 1936, y revisa y renueva todo cuanto a ella se refiere.

«Gran parte de la verdad continúa cerrada bajo llave en archivos inaccesibles. Los libros escolares,

con muy pocas excepciones, guardan silencio sobre los horribles récords del estalinismo. Hasta que la historia se cuente en su totalidad y hasta que la comunidad mundial no insista en que alguien rinda cuentas y expíe el legado de Stalin y de sus ejecutores, Rusia seguirá estando espiritualmente enferma, cautiva de los espectros del propio Stalin y sus verdugos y, lo que es peor, de las pesadillas de su resurrección». Así concluye su trabajo Donald Rayfield, profesor de lengua y literatura rusa y georgiana en la Universidad de Londres. Lo más horripilante es que lo dice después de escribir más de seiscientas páginas en las que recoge todo tipo de trampas, purgas, tergiversaciones y asesinatos, y, sin embargo, asegura que todavía quedan más horrores por destapar.

«Cínico en todo lo demás, Stalin profesaba un ideal constante: el leninismo –dice el profesor Rayfield–». Destaca como rasgo fundamental de su personaje el hecho de que, desde sus primeras entrevistas con Lenin en 1906 y 1907 hasta el momento en que se convirtió en el gestor, guardián e intérprete del líder de la revolución, Stalin lo miraba igual que habría mirado a Jesucristo uno de sus discípulos. Y este punto de apoyo le dio tal seguridad, que Stalin llegó a verse a sí mismo como un férreo gobernante designado por su voluntad divina, que salvaría a su país.

* Donald Rayfield, *Stalin y los verdugos*, traducción de Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage, editorial Taurus historia, Madrid, 2003, 618 pp.

Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, ediciones Temas de Hoy biografías, Madrid, 2003, 423 pp.

Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, traducción de Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón, editorial Crítica, Barcelona, 2003, 543 pp.

Como hace algunos años hizo el historiador Alan Bullock en su magnífico estudio sobre *Hitler y Stalin, vidas paralelas*, Rayfield también establece su paralelismo entre los dos dictadores. «El hitle-rismo –escribe– es como un cáncer del cuerpo político, que permite a ese cuerpo funcionar de manera normal hasta que el propio cáncer lo destruye. El estalinismo es más bien como la larva de una avispa parasitaria que devora por completo el cuerpo político que ha invadido, hasta convertirse en ese mismo cuerpo».

Más que escribir una biografía de Stalin u otra historia más de la Unión Soviética, la intención del autor del trabajo que comentamos ha sido seguir el camino recorrido por su personaje hasta que tuvo el poder absoluto así como examinar los medios –y los hombres– que le permitieron conservarlo. Por eso sitúa en primer plano la trayectoria y personalidad de los verdugos de Stalin, especialmente de los cinco que dirigieron la policía política y las fuerzas de seguridad del Estado soviético, instituciones que recibieron, sucesivamente, nombres distintos y de cuya evolución el profesor Rayfield hace un minucioso estudio: la Cheka (Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje), el GPU u OGPU (Directorio Político del Estado), el MKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos),

el MVD (Ministerio del Interior) y el MGB (Ministerio de Seguridad del Estado). Después de Stalin, el MGB pasó a llamarse KGB (Comité de Seguridad del Estado) y, posteriormente, en la nueva Federación Rusa, FSB (Servicio de Seguridad Federal).

De estos cinco dirigentes –Dzierzynski, Menzhinski, Yagoda, Yezhov y Beria–, Stalin designó directamente a los dos últimos, mientras que los tres primeros se vieron inducidos a cumplir su voluntad. Lo que sí es evidente es que los cinco fueron instrumentos de una mente más malévola que la suya. Mientras Stalin se cuidaba de los fines, ellos se ocupaban de los medios. El estudio de las acciones y motivaciones de estos hombres arroja una luz reveladora sobre la tiranía de Stalin.

La horrible historia del estalinismo, sólo comparable en Europa con los efectos del nazismo, tiene que seguir siendo contada. El trabajo realizado por Donald Rayfield es una novedosa y buenísima aportación.

Según sus partidarios, Negrín fue el gran estadista de la II República, un político insobornable, de gran valía y fuerte personalidad, que siempre cumplió con su deber y luchó por sus convicciones hasta el final, haciendo frente a los obstáculos del destino. Para sus detractores, en cambio, fue un